

ALFAGUARA



Afonso Cruz

Jesucristo bebía cerveza

Traducción de Roser Vilagrassa

1.

Antónia se agacha en la calle, y el ruido de la orina amarronada va empapando el suelo. Cae un sol de justicia y todas las ventanas de todas las casas están cerradas por dentro, no hay nadie en la aldea, y las plazas vacías parecen viejas fotografías.

Rosa está con su abuela, y le da mucha vergüenza estar allí, en medio de la calle, con ella. Separa un poco los pies cuando la orina le toca las suelas de los zapatos, pero no puede separarlos tanto como querría, porque Antónia se agarra a su vestido para mantener mejor el equilibrio.

En situaciones como ésta es cuando más echa de menos a su abuelo. Si estuviera vivo, las cosas serían distintas. En ese momento le viene a la memoria el día que se tiró al pozo.

Rosa tenía casi cinco años cuando su abuelo, con aliento de aguardiente, le dijo que enseguida volvía, que no tardaba nada. Entonces se dirigió al pozo cojeando y se dejó caer de cabeza. El cuerpo se golpeó contra las paredes de piedra, pues era verano y había poca agua. Rosa se quedó parada, sin saber qué hacer, pero después de unos minutos con el cuerpo temblando bajo el sol, fue hasta el brocal y lo llamó. Cuando la abuela la encontró, aún lo estaba llamando. El viejo flotaba en el fondo, con un brazo torcido sobre la cabeza y parte de la camisa arrancada, tras quedar enganchada en las paredes del pozo.

Al parecer, la muerte siempre aflora a la superficie.

Al fondo, una nube de polvo anuncia el paso de la guardia. El cabo conduce con el brazo fuera y un cigarro en

la boca. A su lado, el sargento Oliveira silba al tiempo que se da palmadas en los muslos, creando una suerte de percusión. Paran en el arcén, bajo el calor de las primeras horas de la tarde, cerca de un olivo grisáceo cuya sombra apenas le basta a sí mismo. El cabo sale del coche y se apoya en la puerta. El calor del metal hace asomar a sus labios unos tacos. Se aparta de un salto y escupe a un lado. En el suelo hay una zorra muerta, y el guardia le da la vuelta con la punta de la bota. No hay sangre y casi no hay insectos, sólo unas pocas hormigas sobre los ojos y la boca del animal. Acaba de morir, piensa. Ni siquiera huele mal. La coge por la cola, mete la cabeza por la ventana y dice:

—Acaban de atropellarla.

—¿Eres tonto o qué? Saca eso de aquí.

El guardia mantiene el equilibrio con la mano izquierda y lanza la zorra por encima de un olivo. El cadáver choca contra una rama, queda prendido entre las hojas unos segundos y se desploma sobre una valla de alambre de espino. El sargento Oliveira baja del coche y se enciende un cigarro, apoya una bota en el neumático trasero y los brazos sobre la rodilla. Cuando acaba de fumar, los dos guardias entran en el coche y se dirigen hacia la aldea. Pasan por el cementerio, conduciendo muy despacio hasta la plaza del jardín. La oficina de correos acaba de abrir y Manuel Moita se dirige hacia allí. Tiene ochenta y tres años, alzheimer, y va a la oficina de correos varias veces al día para saber si le ha llegado correspondencia. Los empleados son pacientes y lamentan tanta insistencia, que le viene de la soledad y la enfermedad.

Los guardias sonríen al verlo. El cabo pita, y el sargento Oliveira saluda con señas al viejo, que se asusta y se arrima a la pared. Entonces, entre la confusión de su cabeza parece reconocer aquellos rostros y los saluda también; luego reanuda el paso, pero en el sentido contrario. Ya no recuerda que se dirigía a la oficina de correos, y regresa a casa.

Antónia todavía está en cuclillas, agarrada al vestido de su nieta, cuando el coche de la guardia se acerca a ellas. El cabo quiere parar y salir.

—Deja en paz a la vieja —le dice el sargento.

—Está meando en la calle.

—Pero ¿no sabes quién es? Hace dos años que estás aquí ¿y aún no has oído hablar de Antónia?

—No.

—Un día te lo cuento.

—Cuéntamelo ahora.

—Para el coche ahí, a la sombra.

El sargento enciende un cigarro y echa el humo por la ventana.

—Hace unos años hubo una serie de asesinatos aquí, en esta zona. Todas las víctimas tenían objetos corrientes clavados en el cuerpo. A un hombre lo encontraron con una cuchara de palo clavada en el cuello; a una mujer, con trozos de un cántaro de barro clavados en los muslos..., cosas así. El capitán estaba obcecado con los crímenes y sospechaba del marido de Antónia, Gago, que era ganadero. Siempre que el capitán lo veía por los campos, lo metía en el jeep y se lo llevaba al puesto. Allí le daba una paliza. Una vez lo tiró al suelo y pasó con el coche por encima de su pierna. El hombre se quedó cojo para el resto de su vida y ya no pudo trabajar más. Gago estaba desesperado, siempre andaba asustado. Hasta que un día se tiró al pozo de su casa. Estaba con su nieta, que lo vio todo. La chiquilla no tenía más de cinco años. A la nieta y a la abuela les quedó una pensión miserable, y viven de eso y de cuatro hortalizas que crecen en el huerto. Pero ahora la vieja ya casi ni puede trabajar la tierra, y yo creo que pasan hambre. Todo fue un gran malentendido, sobre todo porque dos meses después de la muerte de Gago se descubrió al asesino, o mejor dicho a la asesina. Era la propia mujer del capitán. Una historia de locos. Imagínate: sólo mataba para atraer la atención del marido. Por eso utilizaba objetos cotidianos. Cuando se casó con

el capitán, como pasa en todas las relaciones, entre ellos había mucha pasión. El capitán de vez en cuando le regalaba flores del campo y la llevaba a buenos restaurantes a comer carne de caza o mariscos. Pero, como suele ocurrir, la cosa se fue diluyendo en la rutina hasta que no quedó relación ni nada. Así que de esa forma la mujer consiguió que el capitán volviera a pensar en ella; consiguió que sólo pensara en encontrarla, que se obcecara con ella. Pasó de no hacerle ni caso a ser otra vez su razón de vivir. Sin él saber, claro, que el objeto de su obsesión era su propia mujer. Pero eso a ella no le importaba, porque volvía a sentirse deseada. Estaba loca de remate. Es lo que tiene la soledad. Cuando el capitán se enteró, ni pestañeó. Sacó la pistola y se voló la cabeza. Había trozos del capitán hasta en el ventilador del techo.

Después de oír la historia, el cabo arranca el coche y chasquea la lengua.

—Es hora de volver a casa —dice.

Al fondo, Antónia y su nieta caminan cogidas de la mano. Junto a la carretera hay una estatua de la Virgen con las manos juntas en oración. A los tres años, Rosa creía que la estatua tenía las manos en aquella posición porque aplaudía. Ahora, claro, ya no lo cree.

2.

Entre las jaras aparece una cabeza. Los ojos pequeños guiñan y miran en todas las direcciones. La cabeza vuelve a desaparecer. No hay viento, y el olor de las flores está quieto sobre los pétalos, como un criminal en la cárcel. En cuanto la claridad se atenúa, surge un hombre entre las jaras. Tiene más de setenta años, pero se mueve con destreza. Lleva un arma que él mismo considera la más peligrosa de todas.

3.

Rosa se acuerda muy bien de su infancia. Recuerda una estatua de la Virgen, como aquella que está junto al camino, a la salida de la iglesia, sólo que más pequeña. Su madre era una mujer hermosa, aficionada al whisky y a la lectura. Su padre era un hombre bajo y delgado, pero sorprendentemente fuerte, católico y hosco, capaz de arrancar árboles con una mano. Por nariz tenía una hoz, los labios parecían dos cicatrices y le gustaba dormir boca arriba, como duermen los muertos. Bebía en exceso, para luego salir a la calle a gritarle a todo el que se cruzaba. Y nadie se atrevía a impedirselo. Si alguien le plantaba cara, cogía una copa de vino con la mano izquierda y se peleaba con la derecha, sin derramar jamás una sola gota. Luego ponía un pie sobre el inconsciente que había osado desafiarlo y se bebía la copa de un trago; a continuación, se limpiaba la boca con el brazo y escupía al suelo. Se llamaba João Lucas Marcos Mateus, pues su madre, la abuela de Rosa, pensó que serían nombres que podrían protegerlo en las vicisitudes de la vida: un evangelista delante, otro detrás, otro a la izquierda y otro a la derecha. Por encima estaba Dios y por debajo el nombre de la familia, sobre la tierra, donde yacen los antepasados. De este modo, su nombre siempre lo protegería en todas las direcciones espaciales; sólo quedaría abierto al cielo, donde Dios sería su paraguas.

La madre de Rosa era arqueóloga. Cuando, apenas terminada la carrera, se puso a trabajar en una excavación en el Baixo Alentejo, se enamoró. A Isabel nunca le habían gustado los chicos delicados, de porte urbano. Prefería hombres hechos de barro y de trabajo, con las uñas sucias de borracheras de

aguardiente casero, con aliento a metanol. Hombres que tuvieran manos, pero que la tocaran como si tuvieran cascos, y que, cuando se tumbaran sobre ella, desprendieran el olor del campo, de las piedras, de las tempestades, y follaran como una manada de cerdos pasando sobre un plantel de lirios.

Cuando vio por primera vez los brazos delgados pero tensos de João Lucas Marcos Mateus, Isabel suspiró, lo cual no pasó desapercibido. Esa misma noche, el padre de Rosa se acostó sobre Isabel, con su olor a macho cabrío, a romero y a Dios.

Al despertar a la mañana siguiente en la misma cama, ella le dijo que quería tener un pasado con él. No un futuro, que es algo incierto, sino un pasado, que es lo que tienen dos viejos después de toda una vida juntos. Y cuando decía que quería tener un pasado con alguien se refería a todo. No quería incertidumbres, sino la historia, la verdad. Eso le dijo Isabel. Era muy joven y prefería unas manos ásperas y toscas a las manos intelectuales de sus amigos y compañeros. Las manos de João Lucas Marcos Mateus estaban llenas de lechugas plantadas y azotes a los perros. Sus nudillos eran como los codos de Isabel, y el olor que desprendía era como el de Dios. Dios huele a toro, a tierra y al vientre de las cosas. Los dedos de los compañeros de Isabel, de sus amigos, de sus ex novios, eran como su pelo mojado, recién lavado. La tocaban, pero estaban hechos de palabras perfumadas. Prefirió a João Lucas Marcos Mateus y expulsó a los literatos de su vida. Sin duda, algunos eran geniales. Conocían versos griegos y excavaban cosas. Pero sus manos eran como el pelo mal peinado.

João Lucas Marcos Mateus no sabía decir nada, pero sabía cuándo plantar y cuándo recoger, y esto se reflejaba en el cuerpo de Isabel. Tenía un profundo conocimiento de sus muslos, de sus ingles, de sus pechos. La tocaba, y hacía florecer suspiros.

Isabel nunca cometió el error de intentar domesticarlo, aun cuando la pasión empezó a desvanecerse y el atrac-

tivo de la animalidad pasó a ser el defecto de la animalidad. Los años que siguieron a aquel matrimonio improbable fueron convirtiendo en motivo de asco todo lo que al principio había sido arrebatador. La rutina se fue instalando. El sexo se volvió algo placentero cuando no se daba. Isabel, que había dejado de trabajar —vivía a costa de su marido y de las rentas de dos casas que había recibido en herencia—, empezó a beber. Dio a luz una niña y la llamaron Rosa por la abuela paterna de João Lucas Marcos Mateus. El padre de Rosa era dócil y amable con ella, contrariando toda su naturaleza de caballo salvaje, mientras que la madre era fría como el invierno (Rosa recuerda bien las manos de su madre, que parecían de porcelana, como las de las santas).

Un día, João Lucas Marcos Mateus dejó de oler a Dios. Llegó a casa con desodorantes y demás afeites y le dijo a Isabel que nunca volvería a oler mal. Podía ser un labriego, pero no sería un labriego apestoso. No quería que su hija se avergonzara de él, quería ser un hombre nuevo, lo cual avivó el rechazo de Isabel. Si ya no soportaba a João Lucas Marcos Mateus tal como era, la nueva versión era aún más deprimente. Sin el esplendor de antaño, parecía un caballo cansado con los sobacos cargados de desodorante barato.

Mientras João Lucas Marcos Mateus trabajaba en el campo, Isabel bebía y recibía cada vez más hombres en casa. Siempre que su marido se ausentaba, había alguna máquina que reparar, alguna carta con la dirección equivocada o pan que entregar. Rosa veía entrar y salir a hombres desconocidos, oía risas y suspiros que se colaban por debajo de la puerta del dormitorio de sus padres. A veces se tumbaba en el suelo (como si estuviera sobre una alfombra), apoyando la cabeza contra la madera de la puerta. Le gustaba que las risas, los suspiros y los gemidos que venían de allí salieran a su encuentro. Por eso ponía la cabeza en el suelo, pegada a la puerta, para sentir algo de su madre que no fuera frío como las manos de porcelana.

Un día, la madre de Rosa decidió marcharse. Ya no aguantaba más, parecía que arrastrara la cabeza por su

propia vida, hambrienta. Aquello no estaba hecho para ella. Su padre había tenido razón al oponerse a su unión con João Lucas. Ahora con una niña agarrada a las piernas de su destino, era difícil cambiar las cosas. Pero ella las cambió.

Sucedió una mañana de resaca muy luminosa, en que los pajarillos chirleaban entre el dolor de cabeza de Isabel. Rosa estaba sentada en el sofá jugando cuando su madre abrazó a un hombre cualquiera que acababa de entrar. Rosa saltó del sofá y se agarró a las piernas de Isabel, celosa. Todos rieron (menos Rosa). Aquel hombre cualquiera se sentó a fumar y a beber, y a los pocos minutos Isabel apareció en el salón con una maleta. Salieron juntos de casa, y Rosa corrió detrás de ellos hasta donde pudo, hasta la verja de la calle, donde se quedó apoyada, dando puñetazos, gritando y llorando.

Cuando se tranquilizó se metió en su cuarto. Sacó el rosario que su abuela materna le había regalado y se puso a rezar junto a la cama. Rezó con tanta fuerza, cerrando los ojos tan fuerte, hasta dolerle, que su madre volvió a aparecer. Rosa oyó la cerradura de la puerta y fue a ver qué era. Cuando vio aquella figura lo entendió de inmediato: aquella mujer no era su madre. Era una sustituta, una Virgen, que había decidido atender sus plegarias y ocupar el lugar de Isabel. Era más dulce, más sensible, era otra persona a pesar de ser físicamente idéntica. Después de sus ruegos, el milagro había sucedido: la Virgen, para no ir contra el libre albedrío, tan fundamental para la teología de la Iglesia, había decidido que, ante la imposibilidad de cambiar el carácter de una persona, no quedaba más remedio que sustituirla, pero con las mismas características físicas de ésta.

4.

Cuando hizo la primera comunión, Rosa le dijo a su padre que su madre no era su madre, sino la Virgen, que la había sustituido. Su padre, horrorizado, la amonestó y llegó a bajarle la falda y a darle unos azotes con la palma de la mano. Castigo que el cura aplaudió y que pasó a prodigar con cierta frecuencia. Obstinada, Rosa sostenía la teoría de que su madre no era su madre, sino la Santa de todas las santas, la mismísima Madre de Dios, la Virgen, la Reina de los Cielos.

El caso era aún más perverso, pues Isabel (o la Santa) había empezado a frecuentar la iglesia a diario, cosa que jamás había hecho. De niña, su madre le había enseñado algunos conceptos básicos del catolicismo y había conseguido, contra la voluntad de su marido, que hiciera la primera comunión. Pero la religiosidad que la madre de Isabel se esforzaba por hacer crecer en su hija se extinguía con la educación humanista y atea que imponía su marido, recalcando en eternas discusiones conyugales su desprecio por la Iglesia y por el pensamiento religioso en general. Para él, todo era de una ignorancia primaria, una superstición atroz que debía considerarse un delito y erradicarse de la sociedad. Así, Isabel acabó abrazando la ausencia de Dios que su padre predicaba.

Pese a estar todavía en una edad ingenua, Rosa sabía que a su madre no le gustaban los curas ni los crucifijos, que no era devota como su padre, ni como sus abuelos paternos. El hecho de ver rezar a su madre ahora reforzaba su creencia: aquélla no era Isabel, su madre, sino María, la madre de Dios. Había otro detalle muy fácil de comprobar que confundía a Rosa: las manos de su madre ya no eran frías

como las de la Virgen de porcelana. Al contrario: eran calientes y ásperas, menos huesudas y más cariñosas. Eran manos que la tocaban y la peinaban, y eran la anunciación del cuerpo que las precedía. Ahora su madre la abrazaba, la acariciaba y le daba besos, demostración de cariño que si antes era de una rareza angustiosa, ahora era de una frecuencia incómoda. Aquella proximidad le parecía a Rosa aberrante y la esquivaba siempre que podía. Cuando lo hacía, veía asomar lágrimas a los ojos de su madre, pero eso aún la asustaba más y la volvía más esquivada.

Después de aquella transformación divina, la madre de Rosa llegaba a pasar horas enteras arrodillada en la penumbra de la iglesia, en las últimas filas de la nave central, rezando con la cabeza apoyada en las manos. Al llegar a casa, volvía a rezar frente a la estatua de la Virgen de porcelana. Cuando terminaba, cogía el rosario y lo colgaba sobre las frías manos de la imagen.

Al principio había cierta diferencia de temperatura entre la porcelana pintada y su piel, pero esa diferencia se fue atenuando. Poco a poco, las manos de Isabel volvieron a enfriarse.

Con el tiempo, Nuestra Señora se fue olvidando de su origen y de dónde había venido. El día a día destruía su memoria, toda su eternidad. Cada vez que João Lucas Marcos Mateus se le echaba encima todo sudado, con los nudillos como codos, la Santa gemía de dolor, agarrándose a las sábanas, asqueada a más no poder, pero sin dejar de mover las caderas. El instinto es un proceso admirable que supera todas las virtudes, incluso las más celestiales, castas y benditas. Poco a poco, la Virgen empezó a beber de las mismas botellas de las que solía beber la verdadera madre de Rosa y empezó a comprar otras. Iba por la casa con un chándal acrílico, con tacones o pantuflas, sacándose las bragas que se le metían en el culo, quejándose de todo y bebiendo whisky barato. Cuando João Lucas Marcos Mateus llegaba a casa, Isabel casi siempre estaba borracha, y no había cena,

y el hombre se encolerizaba. Le pegaba como un poseso, pero a ella no parecía importarle. La condición divina de la Santa había pasado al olvido. Isabel ya no era más que una mujer pobre y sin esperanza. Rosa, que hasta entonces había sido igual de esquiva que ella, volvía a sentir ganas de cogerla y abrazarla, pero ahora la Santa tenía las manos frías como las de su madre, como la porcelana de la estatua, y era ella la que evitaba a su hija. Naturalmente, Isabel ya no cogía el rosario que había colgado en las manos de porcelana de la Virgen, pues ya no se acordaba de rezar, ni era capaz de murmurar ninguna oración. Cuando los hombres la asediaban en la calle, sentía una languidez extraña y dejaba asomar alguna que otra sonrisa. Al poco tiempo empezó a llenar su vida con nuevos amantes, hasta que un día huyó con uno de ellos, abandonando a su hija y a su marido, y acabó sus días como una puta. Ella, la Santa de todas las santas, Dei Genitrix, la del vientre bendito.

Cuando supo que lo había abandonado, João Lucas Marcos Mateus se encerró en casa durante más de una semana sin hablar, oliendo a desodorante, sumamente confuso. Rosa pasaba por delante y no le oía pronunciar ni una palabra. Su padre cumplía con sus obligaciones mecánicamente, moviendo los labios de un modo que a Rosa le parecía extraño. Al cabo de un tiempo volvió a salir, pero ya no hablaba con nadie ni gritaba por las noches, ya no bebía hasta caerse ni desafiaba a los hombres de la aldea a pelearse con él.

Sobre el autor

Afonso Cruz nació en Figueira da Foz, Portugal, en 1971. Durante varios años viajó por el mundo y visitó más de sesenta países. Además de componer y tocar canciones con su grupo, The Soaked Lamb, es un reconocido escritor e ilustrador. Su primer libro, *A carne de Deus*, se publicó en 2008. Poco después recibió el Gran Premio de Cuento Camilo Castelo Branco por *Enciclopédia da Estória Universal*. Al año siguiente obtuvo el Premio Maria Rosa Colaço por la novela *Os livros que devoraram o meu pai*. En 2010 apareció *A contradição humana*, un libro para niños con texto e ilustraciones del autor. Con *A boneca de Kokoschka* (2010) alcanzó el reconocimiento internacional y el Premio de Literatura de la Unión Europea; y su novela *Jesucristo bebía cerveza* fue considerada en 2012 Mejor Libro del Año por *Time Out Lisboa* y por los lectores del diario portugués *Público*. Su última novela, *Para onde vão os guarda-chuvas*, ha sido publicada por Alfaguara Portugal en 2013.